
REFUGIADO

Gabriel Vázquez Ammirati

Yo ya soy un muerto. Digo esto porque haga lo que haga, estoy muerto. Ya sé que todos moriremos algún día, pero no sabemos ni cómo ni cuándo. Sin la angustia que siento yo ahora mismo, que me convierte en un ser desesperado y pesimista. Al fin y al cabo, es lógico, pues nada de lo que me rodea tiene una mínima carga positiva que sea capaz de generar un minúsculo sentimiento de felicidad, aunque sea efímero, en mi interior.

En mi exterior tampoco hay nada bueno. Tan solo cicatrices y heridas de una guerra en la que no luché, pero en la que muero. Una guerra de intereses políticos y económicos, por la que pagamos personas inocentes. Es una guerra en la que ningún bando representa a la mayoría. En la que hay personas que aprietan un gatillo sabiendo que activarán un mecanismo responsable de la muerte de otras personas, aunque quizás maten a un antiguo compañero de colegio, un profesor o incluso un familiar.

Lo peor de las guerras es que les arrebatan el corazón a las personas, destruyendo su sentido de empatía y de piedad, creando enemigos donde antes había compañeros. Además, a los distintos combatientes no los separa una bandera, sino que mueren sin estar en ningún bando. A los que sufrimos esta guerra no nos queda ni el consuelo de gritar el himno de nuestra nación antes de morir, porque no pertenecemos a ninguna.

En mi situación, sólo hay dos opciones: morir en Siria o morir fuera de Siria. Suena tan triste como lo es en realidad, sobre todo porque ninguna opción lleva intrínseca la posibilidad de vivir. Aun así, mañana tomo una patera junto a otras decenas de personas, que trataremos de mantener viva la ilusión de llegar a tierra europea antes de morir ahogados en algún punto del mar Mediterráneo. Sabiendo que probablemente este sea mi destino, ¿Por qué me embarco en esta fúnebre aventura? ¿Por qué decido morir en el mar y no en Alepo? ¿Por qué elijo que el agua sea mi ataúd en vez de los escombros de mi ciudad natal? Supongo que porque, como ser humano, me aferraré a la vida hasta el último momento, hasta exhalar mi último suspiro, hasta que la muerte acabe con mi incansable deseo de vivir.

Ahora mismo si oyese mis palabras quizás piense que es posible que sobreviva y que llegue vivo a alguna isla griega en la que me acogerán y viviré por el resto de mi vida. Pero esto no es así. Primero, porque las opciones de que alcance alguna de estas islas son mínimas. Segundo, porque allí seré acibillado a insultos, aplastado por ridículos pero contundentes prejuicios, odiado por mi nombre árabe y por creer (más o menos) en

Mahoma. Quizás también muera de hambre, pues, ¿quién será el radical que le pague un sueldo a alguien llamado Abdul? Viviré sólo y pediré limosna para satisfacer mi hambre y para seguir parcialmente vivo. He de reconocer que es mejor esto a permanecer en Siria, y que es mejor dormir en un banco sucio de una ciudad pacífica a dormir en un hospital derruido de una ciudad en guerra, pero... ¡A qué precio! Al de que mueran la ilusión y la dignidad, asesinadas por los estereotipos de la población europea hacia la siria.

Y no creas que por no vivir en un país occidental jamás llevé una vida digna y divertida. Recuerdo cuando, de pequeño, salía a jugar al fútbol con mis hermanos y mis amigos, cada uno con la camiseta de su equipo favorito. Todos teníamos la ilusión de convertirnos en jugadores profesionales y exitosos, y que nuestros nombres apareciesen impresos en las camisetas de otros niños. Esto es lo más encantador de las mentes infantiles. Que no hay sitio para el fracaso o el pesimismo, todo son éxitos y todo saldrá de acuerdo con lo que nosotros consideremos lo mejor. Eso es lo que necesitaría ahora mismo, un baño utópico de esperanzas y mentiras que momentáneamente me diese el ánimo que necesito para embarcar mañana en uno de estos precarios barcos que probablemente presenciarán mi muerte.

Como sé que esto es imposible, sólo le pediré una cosa al destino: Que si mi barco no llega nunca a Lesbos o no es encontrado mientras yo esté vivo dentro de él, que nadie vea jamás mi cadáver flotando en el agua. No quiero que mi hipotérmico y ahogado cuerpo sea el protagonista de una fotografía que le muestre al mundo las brutalidades que ocurren en la costa turca y en Siria. Me tranquilizaría saber que no estoy siendo la víctima de miles de aterradas miradas, que no me miran por ser un famoso futbolista si no por ser un refugiado muerto.